

## “YO CREO EN LA RESURRECCIÓN” (1)

Es el título de un trabajo ejemplar que Pedro Casaldáliga (2) ha publicado en el último número de Concilium (3) dedicado a “La resurrección de los muertos”.

Lo que Casaldáliga nos relata en su escrito –ahora vamos a verlo– es lo más bello, auténtico, irrefutable, misterioso y trascendente que hemos visto expuesto sobre esta grandiosa verdad básica del cristianismo.

La ejemplaridad vital de su autor, de la que tantas cosas admirables hemos ido sabiendo, avala lo que tan consecuentemente nos dice.

Helo aquí:

*Respeto todas las fes que intentan explicar y aceptar la muerte, a su manera, pero yo creo en la resurrección.*

*Desde mi fe cristiana ésta es la alternativa: vivos, vivas, o resucitados, resucitadas; vivos aquí mortalmente, vivos “allá” resucitadamente.*

*No consigo pensar, esperar, acoger la muerte –la mía y la de todas las personas mortales que vamos caminando por esta tierra del Tiempo– más que en clave de resurrección.*

*Para mi fe (con mi teología) los muertos no existen. Pasaron por la muerte y resucitaron; pasaremos pro la muerte y seremos resurrección, vida plena en el ámbito misterioso de la plenitud de Dios. Todos los muertos son “aquellos muertos que no mueren”, porque son resucitados (en aquel “pasivo divino” de que hablan los biblistas).*

*La muerte, por la que “pasamos” (toda muerte es pascual), nos es connatural, ciertamente. Nacemos para vivir y este vivir, tan hermoso y tan precario, pasa por la muerte; hijos del barro somos, la caducidad nos acompaña como una sombra envolvente. La resurrección no nos es connatural: es puro don gratuito del Dios de la vida.*

*Creando en la resurrección, la muerte no deja de ser “el mayor de los males”, según la confesión del adagio latino. Todos los miedos humanos se reducen, en última instancia, al miedo de la muerte. Morir siempre es un misterio de sombras, de ruptura, de trauma existencial; “una aventura” radical, la más radical de todas, “como un acantilado del cual hay que lanzarse con los ojos cerrados”, confidenciaba el patriarca teólogo Díez-Alegría. Aunque él añadía inmediatamente, como cristianísimo confesor que es, “poniendo toda nuestra confianza en Dios y diciéndole: Tú sabes más que yo” y caminando “con una humilde esperanza de que abriré los ojos”.*

*El trágico profeta, admirable en su rebeldía humanísima, Miguel de Unamuno, no se conformaba. “Si del todo morimos todos –replicaba angustiado don Miguel–, ¿para qué? No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí”. Sin embargo, con permiso del maestro de Salamanca que ahora ya vive sosegado en la plena luz, lo cierto es que “morimos del todo”; soy yo el que muero, es mi persona, no es sólo mi cuerpo; yo soy una*

unidad de vida y para la muerte. La vida es personal, la muerte es personal y... es personal la resurrección. “Morimos del todo y resucitamos del todo”. El personalismo cristiano (hasta nuestro Dios es un misterio de personas relacionándose en plenitud) sólo puede creer en la muerte de las personas y en la resurrección de las mismas personas. “Yo mismo Lo veré”, protestaba el probadísimo Job.

Para gritar esta fe, para afianzarme en esta esperanza, repito y me repito lo que escribí en un soneto que se titula precisamente “Yo mismo Lo veré”. Dice así:

*Y seremos nosotros, para siempre,  
como eres Tú el que fuiste, en nuestra tierra,  
hijo de la María y de la Muerte,  
compañero de todos los caminos.*

*Seremos lo que somos, para siempre,  
pero gloriosamente restaurados,  
como son tuyas esas cinco llagas,  
imprescriptiblemente gloriosas.*

*Como eres Tú el que fuiste, humano, hermano,  
exactamente igual al que moriste,  
Jesús, el mismo y totalmente otro,  
así seremos para siempre, exactos,  
lo que fuimos y somos y seremos,  
¡otros del todo, pero tan nosotros!*

Esta mi fe cristiana es pascual, digo; arranca, se fundamenta y se justifica en la resurrección de Jesús de Nazaret, “el Primogénito de entre los muertos”. Él es “la Resurrección y la Vida”. Si Cristo resucitó, también nosotros resucitamos, es la certeza, lisa y rotunda, de nuestra fe cristiana.

Ahora bien, mi fe es tan personal como comunitaria; creo en Humanidad, creo en Iglesia. Para ser consecuente con esa fe personal-comunitaria, yo debo vivir la esperanza en la resurrección haciéndola creíble para mi prójimo, precisamente aquí, hoy, en las vicisitudes de la historia, en esta amada, violentada Tierra de las preguntas y la mentira y la muerte.

El Dios de la Resurrección es el Dios de la Creación y el Dios de la Redención. No podemos viviseccionar el misterio de Dios, su amor encarnado en nosotros y “vistiendo de su hermosura” la creación entera. Nadie puede profesar honestamente su fe en otra vida, resucitada, si no profesa verdad, justicia y libertad en esta vida, dentro del tiempo convulso de nuestra caducidad. La fe en la resurrección ha de ser política. Para vivir un día, aquel Día, el don definitivo de la resurrección, debemos vivir denodadamente, en este cada día de la historia, arriesgando esta vida mortal que también nos es dada por “el Autor de la vida”. Porque resucitaré debo ir resucitando y provocando resurrección. Sólo quien pierde su vida la salva. Del lado de allá todo es por cuenta de Dios; podemos esperar confiadamente; del lado de acá es por nuestra cuenta, con la gracia de Dios.<sup>(4)</sup> Para llegar a vivir el Nuevo Cielo y la Tierra Nueva tenemos que ir renovando radicalmente este cielo tantas veces opaco y esta tierra tan violada. El peor servicio que le podemos hacer a la fe en la vida-resurrección, que nos será dada, es desentendernos

*irresponsablemente de esta vida-militancia que nos es confiada. A cada acto de fe en la resurrección debe responder un acto de justicia, de servicio, de solidaridad, de amor.*

*Yo, pues, creo en la resurrección. Con la jugosa pintada de no sé qué pared de Nuestra América, confieso apasionadamente: “Puede costarnos la vida, pero resucitaremos”.*

También yo creo en la resurrección y doy por ello plena Gloria al Señor.

En Madrid, a veintiocho de diciembre de 2006

Gloria al Señor.  
Fernando Escardó

---

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) PEDRO CASALDÁLIGA es catalán, nacido en Balsareny en 1928. Fue ordenado sacerdote en Barcelona en 1952. Desde 1971 hasta 2004 fue obispo de diócesis de São Felix do Araguaia (Brasil).

Entre sus obras se encuentran: Clamor elemental (1971); Tierra nuestra, Libertad (1974); Cantigas menores (1979); Misa de la tierra sin males (1980); Poemas e autos sacramentais sertanejos (1982); Fuego e ceniza al viento (1984); El tiempo y la espera (1986); Me llamarán subversivo (1987); Todavía estas palabras (1990); Llena de Dios y tan nuestra (1991).

Dirección: Caixa postal 5, São Felix do Araguaia, MT, 78670.000 (Brasil).

(3) Concilium, Revista Internacional de Teología es una clara consecuencia del Vaticano II. Figuraron entre sus fundadores Y. Congar O.P.; H. King; J.B. Metz; K. Rahner S.J. y E. Schillebeeckx O.P. Forman parte del actual directorio Jon Sobrino S.J. y Andrés Torres Queiruga y han sido miembros de su comité científico Leonardo Bott; Casiano Floristán; Gustavo Gutiérrez O.P.; Jean Pierre Jossua O.P. y Jurgen Moltmann.

(4) Todos los subrayado son nuestros y no significan otra cosa que recalcar las expresiones que más nos han maravillado.